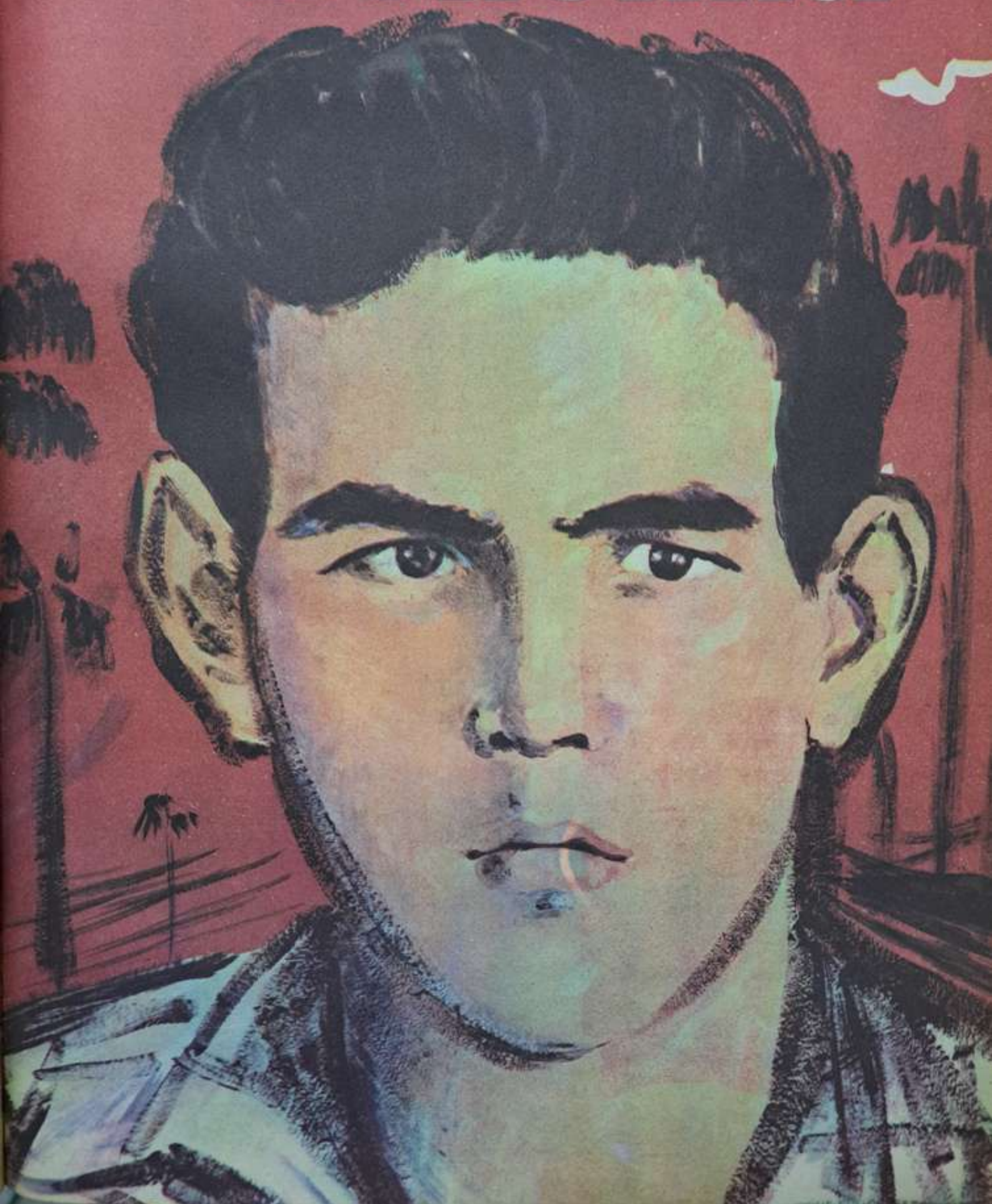


Bohemia



El centenario de un gran poeta

JULIAN del CASAL



Joven, muy joven, como aparece en esta foto, ya Casal había logrado celebridad en las letras hispanoamericanas.

- * La tristeza infinita de Casal.
- * Una vida fecunda tronchada en flor.
- * Poeta, periodista, crítico literario y de arte.
- * Nuestro homenaje en el centenario.

Por OSCAR F. REGO

Fotos de J. López Carlón y Archivo

de un crítico, que abandonó los caminos trillados, las maneras de decir conocidas, los metros y combinaciones rítmicas habituales, para usar metros, giros, ritmos y expresiones nuevas.

En Cuba Julián del Casal y José Martí dieron inspiración a esa forma distinta de la poesía. Antes, nuestro José María Heredia ensayó el género como uno de sus precursores, que también lo fueron los parnasianos Leconte de Lisle, Gautier, Mendés y los simbolistas Baudelaire, Verlaine, Laforgue, Lautréamont.

El galante y gran poeta, como le llama a Casal el compañero Samuel Feijóo, compartió el honor desde nuestra patria del nuevo estilo que se imponía en la literatura iberoamericana, con Amado Nervo, Salvador Díaz Mirón y Manuel Gutiérrez Nájera, en México; José Asunción Silva, en Colombia; José Santos Chocano, en Perú; Leopoldo Lugones y Leopoldo Díaz, en

Argentina; Julio Herrera Reissig, en Uruguay y otros que alcanzaron igual celebridad dentro de esta escuela renovadora.

CASAL VIVIO POCO

Unos días antes del treinta aniversario de su natalicio, una irrupción violenta de sangre procedente de la ruptura de un aneurisma, segó prematuramente la vida de este poeta soñador, pesimista, a quien nada le atraía en el mundo, a quien sólo acompañaba el pesimismo, el hastío glacial y la infinita tristeza de la muerte.

El destino, en ocasiones cruel, quiso que aquel hombre lleno siempre de dolor profundo por una juventud herida ya de muerte, saliera del mundo tras una sorprendente carcajada, provocada por uno de sus amigos con los que compartía la mesa en una cena en la casa del doctor Lucas de los Santos Linares, en el Paseo del Prado número 111.

GASTABA el siglo XIX sus últimos años cuando alcanzó fuerza en América en la lírica castellana, el movimiento modernista nacido en Francia que dio fama universal a Rubén Darío, y del que fue uno de sus seguidores el melancólico poeta habanero Julián del Casal y de la Lastra. Representó Casal más bien el tránsito literario del romanticismo al modernismo.

El modernismo ha sido tema de apasionadas discusiones. Algunos le niegan existencia afirmando que el vocablo "modernista" aplicado a la renovación literaria carece de sentido. Otros, por el contrario, explican que la lírica castellana experimentó a fines del siglo pasado una nueva revolución, no ya sólo en las formas, sino en el fondo. Hubo una transformación al decir

En esta habitación de la azotea, hoy deteriorada por el decurso del tiempo, de la suntuosa residencia de don Domingo Malpica, en la calle Virtudes número 2, en La Habana, vivió el poeta el último año de su existencia. Ya se sentía herido de muerte.



Pollo... de mi
 amor y...
 Ahora...
 sed me re...
 negro que me...
 Raboud, Certains, Les An...
 tistes Littéraires, Les Son...
 le... el...
 nes de La Galop...
 He y...
 dar...
 Todo me...
 como...
 de...
 las...

la...
 Vaya...
 de...
 Con...
 de su app...
 Julia del...
 ARCHIVO NACIONAL

dar a conocer al excelso mártir de su propio genio." En este segundo libro Casal no se ha librado totalmente de su formación romántica; ello acontece realmente cuando lleva a la imprenta, en 1893, su colección Bustos y Rimas. Es en Crepuscular, Nihilismo, La Sotana, Profanación, A un héroe, y otras poesías, donde se manifiesta en su obra poética la tendencia modernista. De él ha dicho el crítico Manuel de la Cruz, que si su temperamento le lleva a los parnasianos, sus ideas lo acercan a los decadentistas. Varona, el filósofo, que supo explicar la verdadera significación de su poesía, escribió: "Nada tiene de extraño que un joven de temperamento artístico exquisito, que se encuentra aislado y como perdido en medio de una sociedad que no realiza sino imperfectamente su concepción plena de la vida, se refugie, más o menos conscientemente, en el mundo ideal que le forjan sus libros favoritos, derive de él sus emociones más refinadas y se las devuelva tamizadas por sus versos... Es lo cierto que canta sus amores ideales con tal frescura de inspiración y tanta intensidad de sentimientos, que no puede el lector menos de sentirse cautivado casi tanto como cuando canta con emoción profunda sus amores reales, malogrados o indignos. La forma de sus versos, por otra parte, es elegantísima, y su fantasía vivaz y espontánea, encuentra fácilmente

Carta que remitió a un amigo, en la que el tema que la origina son los libros y su insaciable afán de lectura.

Su corta existencia —nació en La Habana el 7 de noviembre de 1863 y falleció el 21 de octubre de 1893— no frustró la fama de quien con justísima razón la historia de las letras hispanoamericanas ha situado en lugar destacadísimo. ¿Y qué fue su vida sino una orfandad triste, contemplativa y empobrecida, contra la que luchó valientemente para crearse un ambiente de refinado aislamiento? Pero el destino parece que velaba, como sombra inseparable, sus pasos y aquel que había nacido en cuna rica, pero tuvo que enfrentarse después a las duras realidades de la miseria y agradecer los favores amigos, moría en casa de opulentos y los dineros sobraron para llevarlo a su definitivo destino "en féretro luciente, tachonado de brillantes estrellas de oro y plata".

EL POETA

Julán del Casal fue un poeta interesante y hondo. Admirador apasionado de Baudelaire y de Verlaine, devoró ávidamente sus lecturas, como la de todos los autores de las escuelas postrománticas. Sus versos, que tuvieron la influencia de los precursores del modernismo —él también fue un precursor de la nueva métrica y renovador de las formas líricas— reflejan el ambiente de su alma, su mundo interior de imágenes y ensueños, la expresión de sus propios sentimientos. ¡Cuán difícil me fue marchar sin gual! ¡Cuántos escollos ante mí se alzaron! Su primer libro, Hojas al Viento,

publicado en 1890, recoge la influencia de las corrientes románticas y de ese estilo están impregnadas muchas de sus mejores composiciones poéticas, como Autobiografía, Del Libro Negro, La última noche, A Berta, Nocturno.

Después de la muerte de su padre, cambió Casal de domicilio. En una pequeña pieza contigua a la redacción de "La Habana Elegante", la revista semanal que rivalizaba con "El Figaro" y donde él redactara su columna "La Sociedad de La Habana", vivió hasta fines del 93 que se mudó para la residencia de don Francisco Malpica, en la calle Virtudes número 2.

Todo cuanto se ha dicho de la fantasía exótica del poeta estaba presente en su cuarto de la redacción. Leyó con agotador entusiasmo como si de pronto hubiera sentido renovada su enteca salud; escribió, hizo poesía y periodismo. Había asimilado ya de Heredia y de Copéc, acentuando la influencia de los parnasianos en su segundo libro Nieve, en el que también se advierte la presencia de los simbolistas Verlaine y Moreas, así como la de Rubén Darío. Sobre Casal, dijo Darío: "En cuanto al poeta, al artista, hay que recoger, que compilar su producción, hacer la edición definitiva de su obra.

En el panteón de la familia de don Francisco Rosell Saurí, en la Necrópolis de Colón, fue enterrado Casal. Murió en la mayor pobreza, pero sus amigos acaudalados le hicieron un entierro "en féretro luciente, tachonado de brillantes estrellas de oro y plata".



La prosa periodística de Julián del Casal puso su vida más en contacto con el mundo circundante. Su temperamento melancólico, su sufrir de sí cuando escribía aquellos artículos que le permitían auscultar la vida habanera de su época, sentir las influencias de las circunstancias externas, como el que tituló "El general Sabas Martín y su familia", donde vuelve duras críticas y despididas troncas al entonces Gobernador General de la isla. Su nuevo papel de retratista de estas personas que era la máxima autoridad política de Cuba, le valió la cesantía del poco envidiable cargo de la Hacienda.

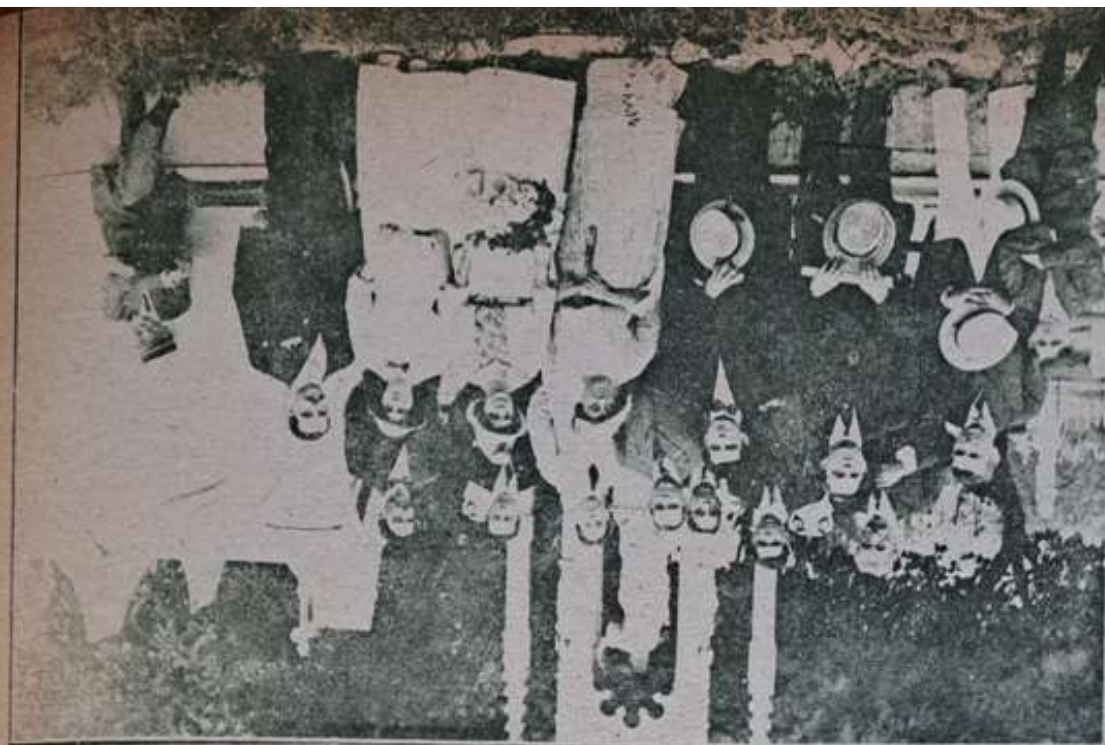
De la labor ingrata y monótona del corrector no quedan testimonios, mas sí de las crónicas de crítica social sobre La Sociedad de Habana que, en 1888, comenzó a escribir con el pseudónimo de *Donde de Camora*. Dirigió el semanario, su amigo, Enrique Hernández Miyares, quien le profesó gran simpatía.

Se el moine para vaciar sus in-
genes, que se destacan clara y com-
pletas.

—Domingo Vandasma y Calderón "y lo firmé." parte de Sr. Juez Municipal del Distrito del mismo nombre y lo firmé.

Casal, natural de la Habana, de veinte y ocho años de edad, soltero, se ignoran sus padres, vecino de Prado ciento once, fue remitido a L. Cripes de Donna Agueda Malpica de Rosell, al cadáver de Don Julián de N. O. cuadro número cinco, zona primera, nicho número tres, de la y tras años, se dio sepultura en este Cementerio de Colón, en el cuartel de Colón. Dice: "En veinte y dos de Octubre de mil ochocientos noventa y seis, del acta de enterramiento, asentada en los libros del cementerio

The image shows a rectangular piece of aged, cream-colored paper. The paper has a slightly textured appearance with some minor discoloration and faint, illegible handwriting in dark ink. The handwriting is mostly concentrated in the upper half of the page, with some lines appearing to be crossed out or heavily faded. A dark, possibly inked, border is visible around the edges of the paper, suggesting it might be a page from a book or a document that has been framed or mounted. The overall appearance is that of an old, possibly historical, document or page.



(Continue on 1a Pgs. 77)

Para la gente de la alta socie-
dad, vanidosa y petulante, no fue-
ron siempre de su agrado las cró-
nicas del joven escritor. Mas "co-
mo los suscriptores se quejaban
—lo dice el propio Casal en carta
que dirige a Esteban Borrero— de
que nunca me ocupaba de fiestas,
salones, teatros y cosas del folletín,
he renunciado al puesto. Aunque
palabra de esto y me suplico no
abandonar el destino, resolví de-
jarlo de una vez porque no es-
taba dispuesto a complacer a los
suscriptores ni a tolerarles sus
quejas".

Y aquel su estilo, su vasto mun-

—Es la Condesa de Fernandina. Ha pasado la mayor parte de su vida en París, donde adquirió rápida celebridad. Se cuentan varias anécdotas de su estancia en las grandes capitales. Un día, en Londres, gastó veinticinco mil pesos en una pareja de caballos, para rivalizar con el Príncipe de Gales. Otra vez, en memorable concierto, observó a la estudiante húngara con mayor suma que el Barón de Kotschil. La Condesa se ha distinguido también por su hermosura. Una noche, al verla entrar en Las Tullerías, el emperador Napoleón III se arrojó a sus pies y le dijo: —Saludo a la mujer más hermosa.

una rara pero interesante mezcla de la época, el ambiente de su familia, que llega a hacerse conocido a su obra literaria y un derroche de su camaradería cultura que fácilmente se aprecia en las citas y alusiones a personajes extranjeros con los que suele hacer comparaciones al referirse a los personajes del escenario nacional que les sirven de tema. "La Coedante de San Antonio, esa miniatura de la Emperatriz Eugenia", que tanto ha figurado en las grandes recepciones, gozaba de generales simpatías", escribe Casal en su primer capítulo sobre el capitán general Sabas Martín.

También hay párrafos como éste: "¿Quién es esa dama que acaba de entrar?"

Sus Amigos Entrinabados

do de fantasma, su inocultable tra-
gedia, se volcaba en sus versos con
en su prosa. El mismo lo dice con
estas palabras: "Después de todo
yo escribo por razón. Todo lo que
yo escribo se remonta de mi son-
eto estado de ánimo, muy distinto
al de ellos, resultando que cada
domingo les aplicaba, con mi tol-
da, una inyección de fanatismo."

JULIAN DEL CASAL...

(Continuación)

parnasianos o neorománticos. Es muy joven todavía. En la aurora de su existencia, cuando se presentó en la liza literaria, con su haz de cuantos en la diestra y su ramillete de rimas en la siniestra, un rumor confuso donde se percibían los anatemas de la crítica formalista, las amenazas de los expendedores de reputaciones y los ladridos de la potencia arrollada por el joven gladiador, saludó su aparición. Voces amigas resonaron también en su loor. Es una vieja historia, como la del poeta alemán, pero que despedaza el corazón. A pesar de las luchas sostenidas en los primeros días por alcanzar la celebridad, el alma del escritor se ha conservado igual —apunta en otro párrafo—. Y sigue diciendo más abajo de su hermoso artículo: "Ahondando un poco se descubrirá quizás, en el fondo de esta alma, ferviente simpatía hacia

los humildes, hacia los pequeños, hacia los desdichados. Los grandes de la tierra, salvo los artistas, sólo sirven de elemento para sus composiciones. Siente por ellos lo que el pintor por sus frascos de colores. Obsérvese también que está afiliado al socialismo artístico, por su odio agrio hacia el burgués. Hay cierto desencanto del hombre en sus páginas, como hay cierta serenidad pa-teística de la que brotan las estrofas a raudales...

HOMENAJE EN EL CENTENARIO

Es muy poco— casi nada— estas cuartillas redactadas a vuela-maquina en ocasión del centenario del natalicio de quien puede decirse, como él mismo dijera de Darío, que "posee un estilo pictórico, elegante y fascinador. Es un artista refinado, cuyas producciones son manjares exquisitos para el paladar de los

aristócratas literarios".

Quede para el Consejo Nacional de Cultura y las instituciones literarias el homenaje en grande, como bien se merecen su gloria y su fama. Se recogerán entonces y harán exhaustiva publicidad en ensayos, folletos, libros, conferencias, etc. Bien vale la pena hasta una realización cinematográfica de quien, al decir de otro poeta de su tiempo, fue un mártir que sufrió el triple martirio de su destino, de sus aspiraciones y de su medio social".

Entonces,—dentro del año del centenario —se hará todo eso. Se contarán sus afanes literarios, las horas gastadas por una mente privilegiada en los trajines rutinarios de la corrección de galeras, oliendo la atmósfera enrarecida por el plomo fundido en las calderas de los linotipos, que dañaban sus débiles pul-

mones; su terrible pesadilla de la muerte, su melancolía lastimera, su tenebrosidad de espíritu, su exotismo japonés, las sollicitaciones del amor en las que él mismo entreteje una madeja confusa de hechos que a veces parecen reales, como su gran amistad con Juana Borrero, de la que, al decir de muchos, no hubo el menor asomo de sensualismo; sus amores con María Cay, a la que dedicó su *Estatua de Carne* y los versos de *Kakemono*.

Indiferente a todo lo visible —como él dice en sus versos —vivió el poeta; soportó de la vida el rauda fardo, alentando el formidable orgullo de vivir ni envidioso ni envidiado. Se obcecó persiguiendo fantásticas visiones mientras otros se arrastran por el fango para extraer un átomo de oro del fondo pestilente de un pantano...